

# DISCURSO DEL EXCMO. SR. D. ALEJANDRO LLANO RECTOR MAGNÍFICO DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Pamplona.

Colegas de Claustro Académico.

Estudiantes.

Señoras y Señores:

Con puntualidad y constancia, el gozo de la Pascua nos trae también cada año la alegría de la celebración de este Simposio, en el que teólogos de varios países reflexionan sobre los misterios centrales de nuestra Fe. Desde hace trece años, la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra viene prestando un eficaz servicio eclesial por medio de este ámbito de diálogo, abierto a las aportaciones de destacadas figuras que están empeñadas en el avance y comunicación de la sabiduría cristiana. Los especialistas de todo el mundo encuentran ya en las correspondientes Actas un acervo impresionante de contribuciones teológicas, cuya variedad de enfoques viene a coincidir en el rigor y penetración de los desarrollos.

El interés de estos congresos, sin embargo, trasciende el círculo de los que se dedican preferentemente al cultivo académico de las cuestiones teológicas. Todos los universitarios cristianos estamos comprometidos en la tarea de la Fe que pugna por entenderse a sí misma, en el el trabajo de la inteligencia que busca su culminación en la luz de la Fe. La Teología es el núcleo de la Universidad como institución, porque constituye el saber en el que todos los conocimientos encuentran su unidad sapiencial y su sentido antropológico. Sin la Teología, la Universidad pierde su radicación histórica y su relevancia existencial.

Advirtamos que, si tal pérdida se ha extendido por universidades de todo el mundo, ha sido porque en ellas se pretende vivir en la convicción ilustrada de que la finalidad del conocimiento científico es llegar a una objetividad completamente neutral, exenta de su inserción histórica y liberada de sus compromisos éticos y religiosos. Muchos ya saben hoy que tal planteamiento epistemológico es una ficción inhabi-

table, la cual conduce a la dispersión del saber y a la babelización de la cultura.

Comenzamos a redescubrir también que el auténtico avance en el conocimiento sólo puede acontecer en el seno de una comunidad de investigación y aprendizaje. Porque el saber no es una objetividad mostrenca, que pudiera aumentarse por adición y transmitirse por recursos meramente informativos. El saber implica el desarrollo de hábitos intelectuales y éticos que perfeccionan a la persona entera, la cual nunca podrá adquirirlos de manera aislada. El diálogo científico presupone una serie de valores libremente compartidos y vitalmente incorporados de una manera progresiva. Lo cual comporta, a su vez, que el despliegue de la razón presente siempre una estructura narrativa, porque constituye una historia de cuya finalidad es preciso ser consciente. De lo contrario, se produce una generalizada ignorancia de la situación en la que nos encontramos, de qué bases hemos partido, y hacia dónde nos dirigimos.

Las vicisitudes de la cultura contemporánea nos han llevado a redescubrir el papel central del concepto de tradición. Bien entendido que la relevancia de la tradición sólo es viable si logramos liberarla de su cárcel tradicionalista. Como han advertido —entre otros— Spaemann y MacIntyre, el tradicionalismo conservador no es sino la imagen especular del progresismo liberal. Ambas líneas de pensamiento son deudoras de un equívoco acerca de la índole de la historia humana. En cambio, la genuina idea de tradición está arraigada en la compleja y plural realidad de los caminos que llevan a los hombres a perfeccionarse a sí mismos, al tiempo que perfeccionan las obras de su mente y de sus manos.

La tradición es el hogar natural de la palabra cargada de sentido. Fuera de este ambiente fértil, en la intemperie cosmopolita y atemporal de la neutralidad racionalista, la palabra se desangra, palidece y acaba por perder su vida propia. Ya no es vehículo del pensamiento e instrumento de comunicación, ya no es signo vivo de «presencias reales»; se reduce a su funcionalidad informativa, pierde su dimensión subjetiva y su significado histórico.

Hace más de un siglo, Nietzsche afirmó lúcidamente: «Me temo que no nos acabamos de desembarazar de Dios porque aún creemos en la gramática». Hoy, cuando navegamos en aguas más someras, casi nadie recuerda ya esta interna vinculación entre el cultivo sabio del lenguaje —es decir, las Humanidades— y la capacidad del hombre para

escuchar la Palabra que revela y que salva. La manipulación del lenguaje corre pareja con la reluctancia para acoger un Mensaje revelador en el que se contiene el paradigma de toda narración.

Claro aparece también que la Palabra de Dios puede ser acogida en una pluralidad de tradiciones, que caben —todas ellas— en el seno de esa comunidad, histórica y misteriosa a la vez, que es la Iglesia de Cristo. Los conflictos positivos que surgen en el diálogo entre estas tradiciones hacen inevitable y enriquecedor el recurso al pensamiento teológico, para discernir la esencia invariable de la Revelación divina y su compatibilidad o incompatibilidad con las narrativas míticas e históricas propias de cada cultura. Sólo así se hace posible la superación del relativismo cultural y la reposición de un ideal universalista de matriz no dialéctica ni ilustrada, sino precisamente católica. Entre los Doctores Cristianos, Santo Tomás de Aquino nos ofrece el más sólido modelo de pensamiento católico, justo porque su máxima hazaña filosófica y teológica consiste en la realización de una síntesis viva entre las tradiciones rivales que confluían en su tiempo, cuyas incertidumbres y complejidades le asemejan a estos inquietantes días de nuestro fin de milenio.

El mayor desafío intelectual de este período de entre-épocas consiste, quizá, en el redescubrimiento del papel arquitectónico que a la Teología le corresponde respecto al proceso por el que —como dice Juan Pablo II— la Fe se hace cultura. En la inspiración fundacional de la Universidad de Navarra se encuentra ese impulso para encarnar la Fe en todas las tesituras culturales y profesionales humanamente dignas, contribuyendo así a una renovada síntesis de los saberes y a la formación armónica de las jóvenes generaciones. A pocos días ya de la Beatificación de nuestro Fundador, Josemaría Escrivá de Balaguer, el entrañable recuerdo de su figura amabilísima desemboca en una renovada fidelidad a un proyecto universitario cuya hondura teológica hunde sus raíces en una patente santidad de vida.

En la entera Universidad de Navarra, y muy especialmente en su Facultad de Teología, abundan motivos para el agradecimiento y la esperanza en Dios nuestro Padre, de cuyas arcanas riquezas somos partícipes a través de la manifestación del Verbo hecho hombre en la historia. Gratitud que se desgrana cada día en una generosa acogida y prestación de esos servicios que hacen fecundas las tareas de investigación y enseñanza.

Al comenzar este XIII Simposio Internacional de Teología, os damos a todos la bienvenida y os agradecemos la generosidad de la que hacéis gala al contribuir con vuestra reconocida competencia a los trabajos de este encuentro. Nuestros congresos teológicos cuentan, desde sus comienzos, con la presencia y el apoyo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Pamplona, a quien correspondemos con nuestra gratitud, nuestro respeto y nuestro afecto.

«Dios en la palabra y en la historia»: tema crucial para dilucidar el estatuto social del saber en la cultura actual. No son muchos tres días para adentrarse en cuestiones tan profundas. Pero estoy seguro de que sabréis ir derechos a las articulaciones centrales de los problemas, y superar así la perpetua aporía de la extensión de la tarea y la brevedad de nuestra peripecia personal. *Ars longa, vita brevis*, dijeron los clásicos. Los cristianos sabemos que la Palabra redime el tiempo.

# I. REVELACIÓN Y RELIGIÓN

